

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—  
Dolora. poesia, por Manuel Jarretori Paniagua.—  
Hay mas allá, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
Leontina, por Matilde Bourdon.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

Aconsejaronle sus amigos que fuese á consultar á un viejo muy sábio que habitaba en la cúspide de una montaña. Blas cogió su nudo. se baston de viaje, se dirigió al sitio indicado, y espuso su cuita al sábio viejo.

Este le escuchó con grande atención, y luego le preguntó:

—¿A que hora conociste á tu novia?

—A la caída de la tarde.

—¿Y á qué hora compraste el campo de trigo?

Al salir el sol.

—¿Y entonces te gustaban ambas cosas?

—Esa es mi pena: entonces me parecieron maravillosas.

—Pues bien, el remedio es muy sencillo: Vete á ver la novia por la tarde y el sembrado por la mañana.

Blas para no diferir el remedio, lo puso al instante en ejecución. Cuando llegó á la puerta de la casa de su novia, el sol se ocultaba ya en el ocaso. Salió ella á recibirle, peinada ya, como era natural, y compuesta, y le pareció tan linda como el primer día.

Lleno ya de confianza en las palabras del viejo, á la mañana siguiente fué á visitar el sembrado, y halló las hojas lozanas y las espigas erguidas.

¡Bobo, le dijo el domine del lugar al oírle referir el milagro, ¿no vez que ibas á ver á la novia por la mañana, cuando acababa de levantarse, y estaba con el traje descompuesto, sin lavar y sin peinar, y á el sembrado por la



tarde, cuando el sol de todo el día le había marchitado.

El secreto de que las cosas salgan bien, es la oportunidad con que se hacen,

Ya ves, prosiguió la abuela, que tú no has estado muy oportuna, cosiendo lo que no debe servir hasta dentro de seis meses, y desatendiendo lo que hace falta inmediatamente. No creas que yo descuido el repasar esas prendas, porque es muy grato á la llegada de cada estación encontrarse el trabajo hecho; pero esto se hace despacio, y después que las cosas precisas están listas.

Acuérdate que el otro día te dije, que la ciencia de gobernar bien una casa estribaba en dos máximas, la segunda de las cuales es: «no dejar nunca para mañana lo que se tiene costumbre de hacer hoy.»

Establecido un método, el que se crea mas conveniente, según el arreglo y las costumbres de cada casa, no se debe infringir jamás.

Hé aquí cual es el que yo he adoptado. Los lunes todos los individuos de la familia tienen obligación de entregarme la ropa sucia, que yo doy, lo mas basto á la lavandera, lo mas fino á la criada, y ambas me lo devuelven limpio el martes por la noche. El miércoles, jueves y viernes, se dedican á coserla, y el sábado á plancharla. Si han quedado algunas piezas se repasan el lunes y el martes, si no estos dos días se consagran á lo que tú has hecho, á las composturas que requieren mucho tiempo, á labores nuevas, ó bien á otras de recreo.

Este es el modo de no tener nunca jamás atrasos.

Atrasos! Palabra horrible, que en cualquiera sentido que sea, se debería borrar del diccionario!

Y advierte que repasando la ropa todas las semanas, estos dos días casi siempre quedan libres, porque como es natural, tiene menos que coser.

En mis buenos tiempos, la doncella era la encargada de la plancha, y por lo tanto yo dedicaba el sábado á prevenir la labor para la próxima semana, á repartir á cada individuo la ropa limpia, y á sacar igualmente la de las

camas, mesas, etc., entregándola contada á los criados.

Ya que las brisas primaverales se han adelantado este año, y que el manto de flores de los prados nos hace avergonzar de nuestros tupidos abrigos, mañana practicaremos juntas la inspección que yo acostumbro hacer cada seis meses.

## X XII.

Al día siguiente la abuela me llevó delante de los tres fatales armarios, que yo había convertido en campo de Agramante.

Sin duda mis mejillas debían arrojar fuego, según el calor que sentía en ellas; pero la buena anciana tuvo la delicadeza de no hacer la menor alusión á aquel desdichado lance.

—Los antiguos, me dijo sin duda para tranquilizarme y fijar mis ideas sobre otro punto, tenían la manía de la ropa blanca, y esta solía representar en las casas un caudal enorme que se transmitía de generación en generación.

Es verdad que entonces el dinero circulaba menos, y no habiendo donde depositarle, ni sociedades, que supieran que lo hacían producir, se guardaba la ropa blanca como se guardaban las onzas de oro en el fondo de la gaveta. Esto tenía sus inconvenientes, porque el lienzo guardándolo mucho tiempo se enrojece y abre, y no conserva como el dinero y los objetos de oro y plata su valor intrínseco.

Además, entonces era casi una necesidad, porque careciendo de las máquinas productoras de hoy que todo lo simplifican, las mujeres hilaban y era muy útil el tener adelantada una labor que se llevaba mucho tiempo. Pero lo que debe considerarse como una sabia prevision entonces, se convertirá ahora en estupidez, empleando mucho dinero en ropa blanca, que al fin es un capital muerto cuando puesto á interés, siquiera fuese en la Caja de ahorros, podría con el tiempo duplicarse.

Y confieso, no obstante, que á pesar de estas justas consideraciones, el poseer la ropa necesaria y el tener algun lujo en ella, ha lisonjeado siempre mi vanidad de mujer y de



ama de casa. Para esto basta con tener cuatro veces mas que las dos mudas indispensables, y una mejor, guardada y dispuesta siempre para los casos de honra, con tal de que se reponga al instante la pieza que se deteriore, de modo que el total nunca llegue á disminuirse.

Empero como cada siglo tiene sus manías y generalmente toca los extremos, lo que estaba antes en el fondo ha salido ahora á la superficie, con tan ciego frenesí, que solo se piensa en ella.

Hay muchas casas en que los salones están magníficamente adornados y cuyos habitantes ni tienen buenas camas, ni sábanas con que mudarlas, lo mismo que hay mujeres que llevan trajes de terciopelo y camisas de estopilla. Esto es absurdo, esto es ridículo, esto es infame.

Oprobio á la madre de familia, que dando tales enseñanzas á sus hijos, los acostumbra á preferir la forma al fondo, el oropel al oro, y bastardeando su juicio, acabará por hacerlos vanos, frívolos y mentecatos, prefiriendo mañana, en otro orden de cosas, la frágil belleza de la esposa á las virtudes sólidas y verdaderas de su alma, como solian antes preferir un dije de salon, á las cosas más útiles y necesarias.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## DOLORA.

Por los senderos del bosque humbrío  
siguiendo el curso del manso río  
con loco afán  
por las llanuras y las montañas  
por los palacios y las cabañas,  
el hombre vá.

En tanto cruza por las riberas  
como se eleva por las esferas  
del cielo azul.  
En tanto vuela por los vapores  
en nubes llenas de resplandores  
color y luz!

Siempre buscando con santo anhelo,  
cruza la tierra, la mar y el cielo  
sin descansar,  
siempre buscando pasa la vida  
por ver la hermosa forma querida  
de la verdad.

De los amores la dulce calma  
que tanta dicha vierte en el alma  
verdad creyó!  
mas ¡ay! que pronto turbó el contento  
de sus venturas, helado el viento  
de la ilusion.

Verdad pensaba que era la hermosa  
jóven formada de nieve y rosa  
luz y placer.  
Mas ¡ay! que apenas miro su encanto  
con triste sombra la cubre el manto  
de la vejez.

Sobre las ramas y entre las hojas,  
entre las flores blancas y rojas  
verdad buscó!  
pero bien pronto, lleno de angustia  
vió la hoja seca, la rama muerta  
muerta la flor.

Verdad pensaba la lozania  
del verde campo que se extendia  
bajo su pié.  
Mas ¡ay! que apenas á andar se atreve,  
cuando sobre ella la blanca nieve  
mira caer.

Siguiendo incierto por los espacios  
sólidos, ricos, grandes palacios  
vió levantar.  
quiso habitarlos... mas vano intento  
porque á un suspiro débil del viento  
los vió rodar.

Durmiendo en brazos de una esperanza  
lo mas sublime que á ver alcanza  
verdad creyó.  
Mas de un engaño sintió el olvido..  
que como estaba solo dormido  
fué que soñó.



Perlas y nubes, astros y flores,  
dichas y encantos, vida y amores,  
nada es verdad  
ráfaga de humo que el viento apaga  
lijera niebla que incierta vaga  
dolor no mas!

Y cuando el hombre triste y rendido  
su afán inútil dando al olvido.  
busca quietud  
la fe sagrada que en su alma vela  
le muestra entonces el bien que anhela  
al otro lado de su ataúd.

*Manuel Jarreto Paniagua.*

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

Clara, que era una regular música, pero que tenía una afición decidida por el divino arte, escuchó todas las alabanzas de Nina con un entusiasmo indecible, y manifestó tales deseos de conocer aquella maravilla, que su tío se decidió á complacerla, tan luego como se le presentase una ocasión propicia para conseguirlo.

Habló de ello á don Luis, que supo dominar su sorpresa, y que tuvo buen cuidado de ocultar en el fondo de su pecho quien era Nina, y las esperanzas que había empezado á concebir.

Aprobó el pensamiento del Marqués y le aconsejó seguir el ejemplo de algunos de sus amigos, dando á su vez una fiesta para obsequiar á Clara y á Adolfo y para presentarles en ella á sus amigos.

Esta fiesta podía ser á la vez un baile y un concierto, complaciendo en ella á la jóven, que tal afán tenía de conocer á Nina.

El anciano Marqués dudó algun tiempo: dar un baile en su casa le causaba una repugnancia tanto mas disculpable, cuanto que desde hacia muchos años desde la muerte de Diego, el palacio había permanecido cerrado para los extraños,

pisando sus umbrales solo algun amigo del Marqués tan anciano como él, y que como él tambien vivia ya solo de los recuerdos del pasado.

Don Luis sin embargo supo vencer su resistencia y él mismo se encargó de todo, asegurando que en ello solo anhelaba complacer á la señorita Clara, y alegando para vencer las últimas vacilaciones de su señor, que era preciso festejar de algun modo á aquella niña que había venido á Madrid solo por una temporada, y que el no hacerlo era faltar á la galanteria y al deber. La fiesta pues se fijó para dentro de ocho dias, y el señor de Vidal empleó en ellos toda su actividad que estuvo en su mano para que nada faltase á darla esplendor.

El Marqués no se ocupó de esto, pero Clara y su madre esperaron con impaciencia aquel dia y procuraron emplear el tiempo en recorrer las tiendas y en consultar á la modista.

Cuando una jóven se presenta por vez primera en el gran mundo, su tocado, su adorno, el color del traje que ha de ostentar, la eleccion de las flores que ha de lucir, son otros tantos asuntos del mayor interés, que la preocupan á ella y á su madre, de una manera altamente grave.

Esto sucedia á la señora de Miramar y á su linda hija. ¡Es verdad que esta tenía 16 años y que aquella la amaba con una ternura indecible.

D. Luis despues que dió las órdenes necesarias que convocó á tapiceros, músicos y floristas para que cada cual contribuyera al buen éxito de la funcion, buscó el modo de averiguar la morada de Adrianesi y de dirigirle una galante invitacion, que hecha por medio de uno de sus amigos no le fuera fácil desatender.

Así sucedió en efecto, porque el maestro, que en la fama de su discípula veia asegurada la suya, aceptaba contento y lleno de entusiasmo esta clase de compromisos, y el del marqués del Prado con mayor placer aun, pues su posicion y su nombre eran alto conocidos y envidiados en Madrid.

Loco de alegría pues, participó á Nina la nueva de aquel convite, y dedicó toda aquella semana á darle sus lecciones con mas esmero y mayor interés: buscó con afán, y eligió con excesivo cuidado las piezas que había de cantar. Cuando llegó el dia señalado, el buen maestro no descuidó medio alguno para que la jóven se presentase de una manera digna é irrepochable.

Ella hizo como siempre: se prestó gustosa á los deseos de su protector á quien amaba como á un padre, y á quien profesaba casi un culto en su alma, porque la gratitud se unia en ella, al afecto y la veneracion.



Oh! la pobre niña que tanto habia sufrido en mundo: que se habia sentido desfallecida por el hambre, entumecida por el frio, fatigada por el cansancio, ¿cómo no habia de obedecer al que la daba á ella y á los suyos, pan y abrigo, y esperanza y descanso.

Si Adrianesi hubiera pedido á Nina su sangre toda, en cambio de sus favores, ella la hubiera juzgado poco, para pagar la deuda de su infinita gratitud.

—Pónte hermosa, hija mia, la dijo este, cuando llegó la hora designada para dirigirse á casa del marqués, pónte hermosa, que la belleza del rostro da mayor atractivo á la belleza de la voz; sobre todo desecha la timidez, el encogimiento: ya sabes la buena acogida que te hicieron la otra noche en casa de la condesa del Romeral. Oh! si vieras como se admiraban, como se conmovian todos al oírte! si hubieras podido escuchar los elogios que al otro día te tributaban por todas partes! Esto debe alegrarte, debe llenarte de satisfaccion.

—Está V. contento de mí? preguntó Nina con una voz dulce y amante, y alzando sus hermosos ojos hasta fijarlos en el anciano con expresion de cándida ternura, ¿está usted contento de mí?

—¿Y cómo nó, si cantas como un angel y has aprovechado tan bien mis lecciones, que podrias enseñarme á tu vez muchas cosas que jamas he aprendido hasta ahora? ¿Cómo nó, si eres buena y agradecida? ¿cómo nó, si llenas de gozo y esperanzas los últimos años de mi vida?

—Entonces doy gracias á Dios por esos triunfos de que me habla.

—Cómo! por mí solo?

—Sí, señor: yo no tengo más mundo que usted, y mi viejo padre y mi pobre Lucía. Si en esos tres corazones hallo un refugio; si los tres me bendicen y me aman ¿qué me importa lo demás?

El maestro Adrianesi miró á la niña con un cariño inmenso y la hubiera estrechado contra su pecho de buena gana si algo que él no supo explicar, no le hubiera detenido inmóvil en su puesto.

Y es que Nina, que habia creído y se habia desarrollado con el saludable régimen del convento, era ya, no la niña, débil y raquítica, sino la bellísima y pura jóven, en cuya frente virginal habian derramado los ángeles todas sus gracias, toda su castidad, toda su celestial hermosura.

En aquel momento, con su traje de gasa blanco, cerrado modestamente en el cuello, con los rubios cabellos cayendo en gruesos bucles sobre

sus hombros, con su prendido de sencillas flores, con su frente que parecia encerrada en un marco de oro, tan serena, tan inmaculada, tan humilde era la creacion de un artista, era la realizacion del sueño de un poeta; era en fin, una criatura tan superior, que no podian apartarse de ella los ojos que una vez la miraban, ni dejar de amarla el corazón á quien una vez estremeciera el eco de su voz ó la dulzura de su sonrisa.

Adrianesi se vistió tambien con esmero, y rigurosamente de negro: el buen anciano queria hacer honor á su hija adoptiva: antes de tomar su sombrero y sus guantes, cojió el abrigo de Nina y se lo hechó sobre los hombros.

—Ten cuidado, hija mia, ten cuidado de arroparte bien, la dijo, un constipado podia enroquecerte y echar por tierra todos nuestros proyectos.... los míos al menos, porque tú... en fin toma mi brazo y vamos: no debemos hacernos esperar. A los grandes señores no les gusta aguardar, y la casa en que pasaremos la noche es una de las mas ricas y opulentas de Madrid.

—De veras? preguntó Nina distraída, envolviéndose al mismo tiempo en un ligero chal.

—Sí; sí, querida, y ya verás, ya verás como cada día eres más conocida y más solicitada: te haces la artista de moda y.... vamos ¡si parece mentira que seas aquella muchacha que yo ví en un pueblo, cantando en aquella pequeña iglesia, tan pobre, tan...

El maestro se detuvo y no quiso acabar la frase.

Nina sin embargo no le hubiera escuchado.

Las últimas palabras del anciano habian despertado en su mente los recuerdos de su niñez, y aquellos recuerdos la habian conmovido.

Los cuidados santos y desinteresados de Lucía, de la pobre ciega que habia compartido con ella el pan de la limosna: el cariño de Agustín; las lecciones del bondadoso sacerdote, la modesta iglesia, la imagen de la Virgen, en cuyo altar derramaba, convertidos en raudales de armonía, los dolores profundos de su alma; todas aquellas memorias tristes y dulces á la vez, vinieron enlazándose una á la otra á estremecer su corazón.

Oh! Nina lo recordaba todo como una dolorosa pesadilla, en la cual resplandecian sin embargo tres figuras llenas de luz. El padre Antonio, Agustín, y Lucía!

Asida del brazo de su protector caminaba silenciosa y llevando en su imaginacion todos aquellos seres que eran su amor y su alegría en el mundo.

Y como un recuerdo se sigue á otro recuerdo, como una idea conduce otra en pos de sí, Nina pensó tambien en aquel señor que habia ido á



buscarla, que la quería separar de los que amaba, y que la había ofrecido riquezas y bienestar en nombre de un ser desconocido, pero á cambio del olvido y la separacion completa de sus bienchores.

¡Ay! todas aquellas memorias que la pobre niña había procurado encerrar en el fondo de su alma, acudían á su mente por una casualidad extraña é inesplicable.

Ella, siguiendo el camino en que la suerte la impulsaba, estaba en la corte, se hallaba en Madrid y empezaba á ver y á rozarse con gentes ricas y principales; y en Madrid y en la sociedad rica y principal estaba sin duda el que sin cuidarse de conocerla la había ofrecido, no su amor, ni su apoyo ni su ternura, sino bienestar y dinero.

¿Quién sabe si en alguna de aquellas reuniones á que Adrianesi la mandaba ir, le vería alguna vez sin conocerle, pasaría á su lado sin saber quien era?

De aquellas promesas, de aquella escena, á la cual había debido el conocer los lazos que la unían á Agustín, solo la quedaba un recuerdo, y una imagen inanimada; la de su padre!

Durante el tiempo que tardaron en llegar á la morada del Marqués, Adrianesi siguió hablando de muchas cosas que Nina no escuchó, preocupada con las ideas que acabamos de referir.

Cuando el camino tuvo término, y pisaron el dintel del palacio en que debían pasar algunas horas, los dos se detuvieron y suspendieron al par que su marcha, el curso que los pensamientos que habían embargado su atencion.

—Ya hemos llegado, dijo el maestro: pasemos adelante y cuidado, hija mia, que no te distraigas, yo no me separaré de tu lado y así creo que estarás mejor.

—Oh! sí, sí: no me deje V. sola, murmuró Nina: yo no sabría qué hacer entre tanta gente, si no le viese junto á mí.

Una nube de servidores y criados llenaba las escaleras y las antecamaras del palacio del Marqués.

Adrianesi, acostumbrado á frecuentar los salones, á asistir á las más brillantes reuniones, á donde mil veces había tenido que acompañar á sus discípulas, adelantaba con la soltura y desembarazo de aquel que nada nuevo encuentra en torno, y conducía á su jóven protegida con cierto aire de superioridad, y como convencido de su valer.

La niña le seguía, turbada y confusa á su pesar.

Don Luis que les esperaba, que veía realizados una parte de sus deseos con la venida de la

jóven á aquella casa, trató de hacerles un recibimiento afectuoso, y les salió al encuentro para conducirlos á un sitio prefente y cerca de Clara, la cual era la más interesada por entónces en conocer á la artista y juzgar de aquel mérito que tanto habían elojado á su alrededor.

El señor de Vidal no pensó en que Nina podía reconocerle, y si lo pensó, no se cuidó de esto por un instante.

Ello es que se adelantó hácia Adrianesi y saludándole cortésmente, le condujo á las puertas del salon.

El maestro respondió á sus frases, pero se detuvo un instante, porque vió á Nina hacer un brusco movimiento. y sintió temblar la mano que la niña tenía apoyada en su brazo.

Oh! era que el aspecto de D. Luis, que su fisonomía y el eco de su voz habían conmovido poderosamente á la jóven, que trataba de reconocerle y de explicarse su presencia allí.

—Vamos, vamos, vengan ustedes, exclamó D. Luis sin dejarla tiempo de manifestar su emocion, vamos. ¡La señorita Clara está impaciente por ver á su lado á esta linda jóven, y yo quiero ser el primero que la anuncie su llegada,

(Continuará.)

## LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(CONTINUACION)

—«Es indudable, dijo Anselmo, porque mi patron el Sr. Bautista bastante tenía que hacer para sí; yo estaba á punto de irme con los peces cuando aquel jóven me ha alcanzado. ¡Debe ser muy bravo ese señor y debe tener un excelente corazon! ¡Sería un excelente marino!

En aquel momento entraron las niñas, se dirigieron cariñosamente á Juana y le dieron conchitas. Permanecí todavia un rato en medio de esta familia, que no cesaba de hablar de su agradecimiento para conmigo y Mr. Rouzière. ¡Qué diferencia, sin embargo! Yo no he hecho más que dar una pequeña limosna, mientras que él ha expuesto su vida y ha dado tambien su limosna: ha sido bondadoso despues de haber



brado heroicamente: estaria orgullosa de él si fuera hermano mio ó pariente...

«¡Y esta Julia que casi ridiculizaba semejante sacrificio, chanceándose con la medalla de salvamento que Rouzière había merecido! Ah! No le contaré yo el rasgo de caridad que hoy he sabido, y que acaba de pintar la belleza de su alma... No dejaría de burlarse... y á mí me repugnan sobremanera esos sarcasmos que tienden á rebajar las grandes acciones, como si se repitieran con mucha frecuencia!...»

Aquella noche y las sucesivas, Enrique Rouzière asistió al salon del casino, excitando vivamente el interés de la concurrencia, y dando motivo á Julia para aguzar sus armas de coquetería. ¿Por qué motivo Leontina se ponía interiormente triste cuando los veía bailar y conversar juntos? Por qué experimentaba gran placer cuando aquel jóven, ayer desconocido, se dirigía á ella, la miraba, le decía algunas palabras? Ella misma no se atrevía á sondear su propio corazón; pero cuando llegó la hora de partir de Dieppe, lloró secretamente. Entonces pensó en su marido con cierto temor. Ninguna falta había cometido, y no obstante sentía los remordimientos.

## VII.

### PELIGROS.

Leontina regresó á París, entrando con indiferencia en aquella casa donde en otro tiempo había hallado tantas complacencias. Aunque René la recibió como es debido, sintió hacia él fondo de su alma una frialdad que parecía paralizar hasta las demostraciones más ordinarias de afecto. Sin embargo, se esforzó en corresponder á la cordialidad que él le manifestaba, y la vida de los dos volvió á su curso habitual; el marido entregado á sus negocios y diversiones vulgares; la muger y la niña solas en casa junto al hogar en el que no había más que fuego material, puesto que el calor que une los corazones había ya dejado de existir. La poca semejanza de caracteres había acabado la obra de destrucción y en estas ruinas podía crecer otro sentimiento funesto y culpable.

Julia volvió también á París, y con su atolondramiento y ligereza habituales arrastró consigo á Leontina. René no se opuso, porque como no hubiera consentido que nadie pusiera trabas á su libertad, la concedía de buen grado á su muger. El círculo deslumbrador y monótono en que se encierran tantas mugeres, encerró también á

Leontina, y el fastidio enojoso en que vivía desde largo tiempo, la hizo encontrar un nuevo sabor en estos placeres que envenenan á la juventud. El hogar quedó abandonado. Juana, siempre querida, no veía ya á su madre más que en las horas de comer. Por la mañana, cuando despertaba, su madre dormía aún; por la noche, en la hora en que antes la niña jugueteaba junto á la chimenea á los pies de Leontina, ésta estaba arreglándose en el tocador. Juana se acostaba desnudada por manos extrañas, y al través de las sombras de su primer sueño veía una forma graciosa, vestida de blanco ó de color de rosa con flores en la cabeza y en la mano, que se inclinaba para besarla. La niña despertando murmuraba: ¡Mamá! La aparición se alejaba, la niña recobraba el sueño, y nada más.

Sin embargo, Leontina amaba á su hija. Los placeres, los pasatiempos frívolos del mundo hubieran sido insuficientes para arrancar de su corazón el más puro de sus afectos, si otro pensamiento no hubiese dominado su imaginación y cautivado poco á poco su alma.

Enrique Rouzière se había hecho presentar en las mismas casas que ella frecuentaba, y desde aquel momento la idea fija que caracteriza las malas pasiones se había apoderado fatalmente de la cabeza de Leontina; la idea fija que hace sucumbir á la misma fuerza, según la expresión del paganismo; la idea fija, es decir, el disolvente del deber y de las reflexiones saludables, que corrompe poco á poco la delicada atmósfera del alma, habituándola al mal antes que el mal haya sido cometido; que la endurece contra los remordimientos, antes que haya llegado la hora de los remordimientos, que sustituye á las imágenes antes queridas y respetadas una sola imagen, siempre la misma, brillante con los prismas de la imaginación con la cual se habla, se vive; fantasma cuyo encanto falaz hace pálidas todas las realidades de la vida. Es una funesta obsesión que sólo puede conjurarse con reflexiones, con la paciencia, con la oración; pero un enfermo de esta clase, ni quiere curar, ni reflexionar, ni orar, sacrificando al favorito y cruel ídolo de su corazón la tranquilidad y la vida, porque la libre posesión del alma ¿no es por ventura la vida?

Leontina sintió los efectos de ese poder funesto: un hombre á quien apenas conocía, á quien no había hablado diez veces, cuyo carácter y pasado ignoraba, vino poco á poco á ocupar su imaginación. Culpable su espíritu, jamás su boca había revelado su interior. Era culpable sin embargo, pues está escrito que una sola mirada basta, y ella tenía conciencia de ello, sobre todo



cuando se hallaba en presencia de su marido, hacia el cual experimentaba cierta antipatía; así es que el temor y la confusión se apoderaban de ella cuando aquel le daba alguna prueba de amistad ó de confianza. Entonces se sonrojaba y se turbaba; oprimida por un sufrimiento extraño, estaba á punto de decirle: ¡No merezco tu cariño! Acaso hubiera preferido las sospechas y el mal trato á esa fe imperturbable que René conservaba en un afecto que no existía ya.

Eran los últimos combates de la conciencia contra los sofismas de la pasión. El peligro crecía, cada día la joven daba un paso más en este camino tortuoso; su boca no había hablado aún, pero sus ojos habían podido contestar, y aquel que la preocupaba por completo no ignoraba la impresión que le había producido. Se entendían sin hablarse ni escribirse, y sin duda no estaba lejos el momento en que un acuerdo completo reemplazase los convenios tácitos. Leontina había combatido: los principios en que se había educado, la imagen de su hija, el temor de la murmuración la detenían aún; pero ¿por cuánto tiempo?...

Así se pasaron seis meses: seis meses sin dicha, seis meses de tempestad!

## VIII.

Juana.

Leontina salía de su tocador disponiéndose para ir á uno de los últimos conciertos con que el mundo ¡oh profanación! solemniza, según dice él, la Cuaresma, y en los cuales suele cantarse, sin duda por deferencia á los santos recuerdos del Calvario, un «Oratorio» de Haydn ó un *Stabat Mater* de Rossini. Antes de ir á casa de Julia, que la estaba aguardando, pasó á la alcoba de Juana. Una lamparilla de porcelana iluminaba débilmente el aposento, y con esta pálida luz advirtió, inclinándose sobre la camita, que el sueño de la niña era agitado y que sus mejillas y manos estaban ardientes. En aquel momento Juana abrió los ojos y decía con voz lastimera:

—¡Cuánto me duele la garganta!

—¡Pobre hija mía! respondió Leontina con inquietud; ¿qué tienes? ¡Díselo, díselo á tu madre!

La niña quería levantarse, y Leontina se impresionó dolorosamente al ver sus ojos encendidos por la calentura, sus mejillas sonrosadas, y al oír la tos penosa que desgarraba por intervalos su pequeño pecho.

—¡Estás muy constipada, Juana! y ¡Florina no me había dicho nada!

—No la regañes, mamá, te lo suplico.

—Pero tú tienes frío...

—Sí; el otro día en las Tellerías tuve bastante frío...

Un nuevo acceso de tos la interrumpió. Leontina buscó en vano una bebida calmante; agitó vivamente la campanilla, y Florina acudió.

—Juana está constipada, padece... dijo Leontina con emoción.

—¡Señorita! Yo creía que V. lo sabía, pues es visible de algunos días á esta parte.

Leontina se sonrojó: hacia algunos días había visto tan pocas veces á su hija! Sin contestar directamente á la muchacha, le dijo:

—Vete á hacer agua de cebada, y envía por el médico á la camarera.

Leontina volvió á sentarse, después de haber acomodado con cuidado la colcha de Juana: una viva inquietud oprimía su corazón, y los remordimientos de haber tenido tan poca vigilancia con el depósito querido que se le había confiado empezaron á pesar en su conciencia.

—Ya no voy al concierto, dijo para sí, no me separé de su lado. Quitóse su vestido de encajes, se deshizo de sus flores, y arrojó encima de la chimenea el abanico y el pañuelo que llevaba aún en la mano.

—¿Te quedas, mamita mía? dijo Juana, que la seguía con los ojos; ¡oh! ¡cuán contenta estoy! ¡Voy á darme prisa para curar!

Un violento campanillazo resonó en este instante, y Florina entró diciendo:

—La Sra. de Thérigny está en el salón esperando á V., señorita.

Leontina se disgustó; ¡le hubiera sido tan grato no separarse de Juana ni un solo momento! Fué, sin embargo, al salón, y Julia exclamó al verla:

—¿Qué diablos está pasando? Hace una hora, querida, que estoy aguardando; he venido aquí y la encuentro toda descompuesta y hecha una Magdalena. Ea, llame V. á su camarera, hágase arreglar y vámonos.

—Estoy desolada, querida Julia: no puedo ir con V.; mi Juanita está mala.

—¡Y bien!

(Continuará).